

En torno al plan nacional de investigación científica y desarrollo tecnológico

Japón, Francia y Gran Bretaña, son claros ejemplos de ello. Programas como el Alvey, para las Tecnologías de la Información, en el Reino Unido o el Cooperativo de Investigación entre el Gobierno y la Industria, para la Quinta Generación de Computadores, del MITI japonés, han dado pruebas suficientes de la efectividad de este modo de actuar. Estados Unidos, por otra parte, ha sido siempre un ejemplo claro de programas nacionales, bien encauzados por la National Science Foundation, por Departamentos federales o por agencias creadas, en algunos casos, para su desarrollo.

No ha sido ese el caso de nuestro país, donde el sistema ciencia-tecnología (C + T) ha funcionado siempre más con un carácter puramente voluntarista, tanto por parte de la Administración como de los organismos encargados de ejecutarlo, que con un sentido coordinado. En la mente de todos está la evolución habida en los últimos años por todos nuestros sectores y cómo, a pesar de que la diferencia con respecto a etapas anteriores es notoria, no se ha llegado aún a un fomento tangible de la competitividad industrial en los sectores conocidos como de nuevas tecnologías.

A fin de intentar corregir esta situación así como, por otra parte, poder conseguir que nuestra incorporación a los programas de la CEE ya en marcha sea lo más efectiva posible, en el presente año ha sido aprobada la Ley de Fomento y Coordinación General de la Investigación Científica y Técnica, conocida usualmente como Ley de la Ciencia, de la que se derivará, como instrumento básico para su desarrollo, el Plan Nacional

En los últimos años, prácticamente todos los países industrializados, en su carrera para vencer la batalla de la competitividad en los mercados mundiales, han puesto en marcha programas que, de una manera u otra, trataban de, por una parte, situarse en una primera línea de investigación en el mundo académico y, por otra, adecuar su producción industrial tanto a la demanda de los distintos sectores como a los requisitos más estrictos de las tecnologías punta.

de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico. En este breve estudio, se tratará de bosquejar cuáles son sus líneas fundamentales y de qué manera afectará en el futuro a nuestro sistema C + T.

ESTRUCTURA BASICA DEL PLAN NACIONAL.

La Ley de la Ciencia configura al Plan Nacional como el instrumento de ejecución de la Política Científica del Gobierno. Y para ello se parte del postulado básico de la necesidad de definir unas áreas prioritarias en las cuales se centre el mayor esfuerzo en I + D de los distintos sectores. Cada una de estas áreas prioritarias dará lugar a un Programa, con una serie

de acciones, previamente determinadas, tendentes a la consecución de unos objetivos claros de desarrollo tecnológico, y que habrá de ser desarrollado en un tiempo definido.

La determinación de qué áreas van a ser objeto de Programas específicos corresponderá a una Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, en la que estarán presentes los Departamentos Ministeriales y organismos de titularidad estatal con competencia en materias de Investigación Científica e Innovación Tecnológica. Esta Comisión será el órgano de planificación, coordinación y seguimiento de los Planes Nacionales y para dichas tareas estará auxiliada por una parte, por dos Consejos, el

Asesor y el General, y por otra, por un Gabinete Técnico. Los dos Consejos permitirán la conexión de la Interministerial con los agenes sociales y la comunidad científica (el Asesor) y con las Comunidades Autónomas (el General), mientras que el Gabinete Técnico será el que apoye en la elaboración, la evolución científica y presupuestaria y el seguimiento de los diferentes Programas. Puede pensarse que este Gabinete es equivalente a lo que era la antigua CAICYT.

Queda ahora comentar cuál es la estructura básica del Plan Nacional (PN). El PN estará compuesto por dos tipos de programas: programas horizontales y programas verticales. Los "horizontales" serán aquellos cuya función será la de "alimentar", con carácter global, a la comunidad científico-tecnológica, dándole la base para el desarrollo posterior de acciones concretas. Entre los programas de este tipo, ya definidos, se encuentran los de Formación del Personal Investigador y los de Promoción General del Conocimiento, ampliamente conocidos por haber sido los objetivos centrales de acción anterior de la CAICYT. Por lo que respecta a los "verticales" serán aquellos cuyos objetivos estén plenamente definidos y respondan a necesidades de carácter nacional, sectorial o autonómico. En función de esas tres necesidades se definirán, a su vez, tres tipos de Programas: Nacionales, Sectoriales y de las Comunidades Autónomas. Los primeros serán financiados por el Fondo Nacional, los segundos por los presupuestos departamentales y los últimos por las Comunidades Autónomas. Estos dos últimos podrán, asimismo, estar fi-



nanciados, parcialmente, por el Fondo Nacional. Los Programas Nacionales se diferenciarán de los Sectoriales en que aquellos estarán respaldados por varios departamentos ministeriales mientras que éstos lo estarán sólo por un único Ministerio. Tanto los Sectoriales como los de las Comunidades Autónomas serán incluidos en el Plan Nacional si la Comisión Interministerial así lo considera conveniente, en razón de su interés general.

Entre los Programas Nacionales que, en la actualidad, se encuentran en estudio y elaboración como posibles candidatos a su inclusión en el Plan Nacional, podemos mencionar los siguientes: Recursos marinos y Acuicultura; Tecnología de Alimentos; Tecnologías de la Información y las Comunicaciones; Microelectrónica; Biotecnología; Toxicología; Inmunología; Fotónica; Agricultura; Ganadería; Recursos Naturales; Medio Ambiente; Producción Industrial Avanzada y Robótica; Prevención de Desastres Naturales. Algunos de ellos, con la designa-

ción de Programas especiales, ya figuraban entre los puestos en marcha por la CAICYT.

A modo de ejemplo, entre los sectoriales, podemos mencionar los de Productos Farmacéuticos y los de Investigación Energética. Es evidente que muchos otros se unirán en cuanto la Ley comience a estar plenamente operativa.

Entre los hechos significativos que, en el desarrollo de los Programas Nacionales, habrán de tenerse en cuenta para su aprobación hay una serie de ellos que, quizás, merecen comentario aparte.

Uno de ellos es el de su relación con los programas de la CEE. Como ya es conocido, la Comunidad define, dentro de un Programa Marco, una serie de líneas de actuación preferente a las que dedica parte de sus fondos para I + D. En algunas de ellas, como ejemplo, a las Tecnologías de la Información o a las de las Telecomunicaciones (programas ESPRIT y RACE), dedica una cantidad realmente elevada (del orden de 3000

M.Ecus, para el período del 87 al 91). España, como miembro, aporta aproximadamente un 7% de esa cantidad; en buena lógica, ese 7% debería revertir a nuestro país en la forma del 50% con que la Comunidad contribuye a cada uno de los proyectos presentados y aprobados. Pero para ello hace falta que exista en nuestro país una comunidad tecnológica que pueda presentar proyectos y, además, que pueda tener una cierta facilidad en la financiación o la subvención del otro 50%. Es necesario, pues, que existan programas nacionales que sirvan de respaldo a esas acciones y, además, conduzcan a nuestra comunidad por el camino de las nuevas tecnologías. Prácticamente, casi todos los programas en elaboración cumplen esa condición.

Otro es el de la conveniencia de una colaboración lo más estrecha posible entre los centros de investigación, Universidades y OPIS, y la industria. Este será otro de los objetivos de cada uno de los programas, ya que, como se puede inferir de

lo dicho anteriormente, la meta de cada uno de ellos es la de estimular lo que en la CEE se denomina banda precompetitiva, esto es, la colaboración entre empresas y centros de investigación en la resolución de problemas de interés común con una fuerte tendencia a la determinación de conocimientos.

En resumen, el Plan Nacional va a intentar, por vez primera en mucho tiempo, coordinar todas las tareas de I + D que se realizan en los distintos departamentos ministeriales, evitando repeticiones inútiles por falta de conocimiento mutuo y agrupando los fondos que hasta ahora se han encontrado dispersos. Esto, conjuntamente con la coordinación de esfuerzos humanos, puede ser la primera piedra de nuestro despertar. Al menos, de nuestra esperanza de despertar.

J.A.Martín Pereda
Secretario del
Plan Nacional de
Investigación Científica y
Desarrollo Tecnológico.

